

había establecido una casa de educación en Lima, que era muy estimada. Entre sus alumnas, contaba ella a dos hijas del virrey.

La otra era un joven del Havre, llamado Gasquerel, prisionero en la fortaleza del Real Felipe. Estando en Buenos Aires en un navío mercante que había sido vendido, viéndose privado de recursos, se había embarcado, en 1815, en un corsario, con el pabellón de los insurrectos. Detenido en la desembocadura del río Esmeraldas donde había bajado para procurarse víveres, había sido llevado a Quito y Guayaquil, de donde había pasado por mar al Callao. De Roquefeuil intervino a fin de tratar de obtener su libertad. Acogiéndolo, finalmente, en su tripulación.

LAS DESPEDIDAS

Mas el tiempo había pasado ya, finalmente. Ya iba a sonar la hora de la partida. Y, como es de uso entre personas de buenas costumbre, de Roquefeuil invitó a comer en su barco, unos días antes de levar anclas, a las personas que, dice, "nos habían brindando atenciones". Este ágape fue turbado, desgraciadamente, por un accidente que le ocurrió a un marinero, quien, cargando un cañón por vía de regocijo, tuvo, a causa de su imprudente precipitación, las dos manos mutiladas. Los oficiales españoles presentes, desolados, hicieron admitir al herido en el hospital de San Andrés con los enfermos del regimiento, mas, pese a las cuidadosas atenciones de que fuera objeto, iba a morir "de una fiebre de Hospital, contraída en plena convalecencia".

El 29 de mayo, en el momento de aparejar, había que pasar todavía la visita de la aduana. Había necesidad de procurar reemplazar las pérdidas que la tripulación acababa de experimentar con la desertión de cinco hombres, sin contar con el que estaba en el hospital. El comandante tomó de inmediato las medidas necesarias, terminó con rapidez lo de la aduana, embarcó cuatro marineros provenientes de los balleneros y un grumete español.

En el curso de la escala, se había revisado el aparejo, y calafateado y pintado el exterior del navío. Los carpinteros habían armado el segundo ballenero, embarcado en piezas en Burdeos. En fin, el pequeño bote, que estaba viejo y en mal estado, había sido carenado. Fue igualmente necesario procurarse, a un precio cuádruple que el de Francia, fina cuerda de esparto para acabar una red de abordaje, objeto indispensable en la costa noroeste:

"A las 7, se levó la última ancla, y se aparejó bajo las gravias, con la brisa ordinaria del sudeste. En cuanto estuve fuera del fondeadero, hice parar, a fin de terminar la duplicata que tenía que entregar al Sr. Salis, oficial de a bordo, el estado de cuya salud, poco robusta, no le permitía continuar la campaña.

"Debía llegar a ser segundo con el capitán Heartley, comandante del *Will*, que había entrado nuevamente en posesión de su navío, habiendo encontrado una contrata ventajosa para Burdeos.

"Y a las 9 y media, no bien se había despedido, se pusieron en marcha, a toda vela".